



4.1 EL NIÑO DESOBEDIENTE

– L' école des Parents. París –

ABRIL 1994

				1	2	3			
4	5	6	7	8	9	10			
11	12	13	14	15	16	17			
18	19	20	21	22	23	24			
25	26	27	28	29	30				

Existen los casos anormales de desobediencia. Existe una desobediencia necesaria, síntoma normal de una personalidad que se afirma.

Existe una desobediencia forzada por la conducta de los adultos, padres y educadores del niño.

«Mi hijo tiene tres años y no consigo dominarlo: ya he ensayado todos los medios...»

¡Cuanta inquietud y desconcierto encierra esta sencilla frase! El bebé, tan mono, tan gracioso, se ha convertido en una «persona» y se rebela contra el adulto. Se entabla entonces un combate entre el niño testarudo, que no quiere ceder, y el adulto, que exige obediencia. ¿Obediencia a qué? A unos principios elementales de educación, a unos principios de deber... Los ejemplos van a mostrarnos que si hay un problema tipo de niño desobediente, hay también, fatalmente, un problema de «padres del niño desobediente».



Antes de actuar, diagnosticar. Para diagnosticar, comprensión. Y para la comprensión realismo. Nosotros somos siempre «un dato» en el problema de nuestros propios hijos.

La desobediencia del bebé

Una de las primeras palabras que pronuncia el niño (antes ya de los dos años) ante el adulto, es no. El dice «no» al biscocho que se le ofrece, pero lo toma. Está entusiasmado de traer cualquier objeto a mamá, pero le gusta también negarse a ello. Obedecer, desobedecer es para él el equivalente a «hacer o no hacer»; en los dos casos hay un deseo de afirmarse. Se siente contento de actuar «a favor» o «en contra» del adulto.

En lo que se refiere al aseo en un niño educado libremente, se comprobarán períodos en los que siente placer en ser limpio, y períodos en los que disfruta negándose a serlo. Esta alternativa evoluciona y tiene como resultado (si se deja al niño en libertad para negarse) la verdadera autonomía.

El niño se siente satisfecho imitando a los mayores, participando en las mismas actividades que las del adulto. Obedecer significa para él «hacerse mayor». El chi-

co pasa, pues, necesariamente, por crisis de cólera y de negativismo: tiene necesidad de ello para desarrollarse. La madre debe dejar pasar la «tormenta» sin atribuirle importancia. En estos momentos, el niño debe sentirse rodeado de cariño y no rechazado.

Algunos casos observados

Antonio tiene 18 meses. Un día, bruscamente, se niega no sólo a tomar la leche, sino toda clase de alimento a las horas de comer. La madre, comprensiva, no insiste. Le deja actuar a su gusto y le da, fuera del horario de las comidas, las cosas que él le reclama. Se muestra cariñosa con él y nada inquieta. Durante tres días, el niño toma solamente fruta y bebe agua o jugo de frutas. Al cuarto día, reclama la comida del mediodía y, poco a poco, vuelve progresivamente a su ritmo normal desde el punto de vista alimenticio. Una mañana, incluso, hace un alegre retorno al biberón. Esta crisis

marca un cambio en el género de nutrición adoptado por el niño: no más papillas, sino legumbres, compotas, etc.

Desde el punto de vista del carácter, el niño se muestra gruñón y se opone a todo durante este período, pero duerme mucho. Al cabo de dos semanas, la crisis ha pasado definitivamente y se registra una evolución en el comportamiento del chico: canta con una voz modulada, su vocabulario se enriquece y adquiere mayor estabilidad en sus actividades manuales.

Esta experiencia, vivida en un ambiente de comprensión, ha permitido al niño aprender a querer, a aceptar cuando solamente conocía la negativa; ha salido de la crisis más «maduro», psicológicamente.

María tiene 3 años. Desobedece sistemáticamente, diciendo: «Yo no lo haré, porque no quiero». Esta niña era sorprendentemente dócil a los 18 meses: no tocaba a nada, no se manchaba durante sus juegos... Esta docilidad, adquirida demasiado pronto, lo fue casi sin el concurso voluntario de la niña. A los tres años, descubre la necesidad de exigir, de actuar sin la intervención del adulto; pero cree no poder conseguirlo si no es oponiéndose a todo. Se rebela, discute y adopta de nuevo, en muchos aspectos, un comportamiento de bebé gruñón. Por la noche tiene pesadillas en las que sus padres la abandonan.

Esta niña presenta una inseguridad en la vida. Toda su actividad hasta los tres años era un reflejo del adulto. Su crisis significa un intento de adquirir una voluntad y un ritmo propios. El especialista ha debido ayudarla, darle «permiso» para hacerse mayor, para que ella no se sienta obligada a romper todo y a oponerse a todos...

Luis tiene 10 años. Desobedece sistemáticamente. No hace sus deberes, aunque jura siempre haberlos hecho. No hace los recados, afirmando que no hay nada en el comercio al que ha sido enviado, etc.

Este muchacho, al hacer de la desobediencia casi una regla de conducta, actúa como un niño acosado que no sabe si tiene deseos de complacer o no. Sus padres podrán ayudarlo limitando las exigencias que tenían respecto al chico. Este, puesto que no podía conducirse de una manera perfecta en todo, no sabe qué partido tomar. Es necesario que recobre su equilibrio para que su conducta vuelva a ser sensata.

El problema de la autoridad

Es necesario, en efecto, que haya «autoridad en la casa», es decir, que haya un padre que se interese por los estudios del niño, por sus actividades extra-escolares; un padre que trace las normas de su exis-

tencia, pero también que esté contento de verlo con buena salud, activo, adaptado. Si el niño se conduce mal, que sepa que papá estará descontento.

A menudo, los padres comprenden la autoridad de una manera muy distinta. La madre, desde los primeros meses, se cree obligada a corregir al niño, le grita por todo: «No te arrastres por el suelo». «No metas nada en la boca», etc... Y el niño, «tiranzado» ya desde chiquitín, se encoleriza; está «contra» esta madre que le impide vivir. Más tarde, es a la hora del almuerzo cuando el padre o la madre dirá mil veces: «Coge mejor el tenedor», «No te manches al comer», etc. etc. El niño, fatigado, se vuelve grosero y se opone a todo; a menos que una falsa docilidad paralice toda iniciativa y toda actividad hasta que su oposición, disimulada, se manifiesta cualquier día.

No hay «recetas» de autoridad. La autoridad es un problema interior de los padres

En efecto, el adulto no siente esta necesidad de estar continuamente «detrás del niño» si él se siente tranquilo, fuerte, con una actividad adaptada a sus condiciones. Es propio de padres ansiosos, en dificultad con ellos mismos, el exigir demasiado al niño. Si los padres componen una pareja dichosa habrá, generalmente reacciones justas. Sabrán hacerse respetar y respetarán al niño. Sabrán «hacerse obedecer», porque el chico tendrá conciencia de unos padres enérgicos, auténticos. Los niños sienten intensamente lo que puede haber de artificial en la actitud de sus padres.

Lo que es obedecer

La obediencia en un niño adaptado socialmente (es decir, activo, juguetón, buen alumno) revela un cierto estado de equilibrio: vive de acuerdo con sus padres, con el reglamento del colegio, etc... Para que haya «obediencia», en el verdadero sentido de la palabra, es necesario que, por parte del sujeto, haya voluntad de hacer lo que se le exige. Obedecer es, entonces, sentir como una necesidad de trabajar con el adulto, de «hacerse mayor».

En un niño pasivo al que se le ha forzado demasiado pronto a obedecer constantemente a los mayores, ocurre que, en un momento dado, él «explota». Todo sucede como si lo que hacía antes no fuese él, sino el adulto quien lo hacía. Se siente bruscamente en peligro de no ser «él». La inseguridad interior llega a ser más fuerte

que los reproches del adulto: algo le impulsa a decir «no» a todo precio.

«Es más fuerte que yo —decía un niño— tengo que desobedecer». Este estado de cosas puede traer como resultado una conducta completamente inadaptada. El muchacho, al oponerse a todo el mundo, es rechazado por todos. Sólo el especialista puede, en estos casos extremos, aportar una ayuda eficaz.

Obedecer implica, a cierta edad, una conciencia de trabajo realizado. Pero este gusto por la disciplina, por el deber bien hecho, forma parte de la educación del niño. Lo que importaba en aquel momento era permitir al chico que viviese, que fuese activo (posibilidades de juegos, de contactos sociales, de participar en el trabajo de la madre; posibilidad de hacer experiencias. Y eso ya antes de los dos años).

Si el niño está educado demasiado para él mismo, «en vitrina», con el temor del contacto con otros chicos, se volverá un ser inútil sin interés por la vida.

En el ambiente familiar encontramos una carencia total de autoridad paterna. El padre no se ocupa de nada, no se interesa más que de sus asuntos, y, de vez en cuando, grita para que no se le venga a molestar. El niño reacciona a este vacío humano con una actitud de desconcierto, de desorden.

Incidentes que causan la desobediencia

El niño, como hemos visto, reacciona en su conducta de acuerdo con el medio ambiente en que vive. Tomaremos al azar ciertos «tipos» de padres y examinaremos la reacción del niño.

1. Madre nerviosa, angustiada, meticulosa

En una atmósfera demasiado mecánica, en la cual se siente un objeto, el niño reacciona (sobre todo si es muy pequeño) mostrándose «difícil», desobediente. Como si quisiese, de ese modo, atraer la atención sobre él, diciendo: «Yo estoy aquí, prestadme atención».

Una participación más profunda del niño en el trabajo de la madre conducirá a un cambio en su conducta. Lo que él deseaba no era ser malo, sino no sentirse excluido a causa de la inquietud de los adultos.

2. Ausencia prolongada de la madre

Si la madre trabaja, a su regreso, el pequeño reacciona ante su ausencia mostrándose «difícil». Eso le ocurre por no haber visto a mamá. Cuando ella aparece, el chico se siente, a la vez, contento y enojado. Se diría que tiene tantas cosas que expresar «con retraso», que explota, se rebela y reclama todo. Si la madre se muestra cariñosa y comprensiva el niño

recobrará su ritmo y se volverá dócil. Esta es, sobre todo, la característica de los muy pequeños. Se les puede ayudar tratándoles con gran comprensión y cariño, no regañándoles.

3. Desavenencias entre los padres

El niño reproduce, en su conducta social, la armonía o desarmonía entre sus padres. Está muy influido por la actitud del padre respecto a la madre. Si éste le regaña, reclama todo el tiempo, no se muestra jamás contento, el chico le imitará y adoptará una actitud de oposición.

Pienso en ese niño de 5 años, siempre grosero con su madre, inadaptado en el colegio, travieso y desapacible en casa. El no hacía más que reproducir la conducta de su padre hacia la esposa. El pequeño se sentía visiblemente desgraciado, siempre en estado de tensión, inquieto. Simplemente una temporada en el campo, en casa de un matrimonio bien avenido, ha sido suficiente para transformarlo. Cada vuelta a su casa provocaba una recaída. Ha sido necesario dejarle en el campo hasta los 10 años, edad en la que ya podía soportar la vida de internado en un colegio.

El niño desobediente reacciona al ambiente en que vive. Expresa, mediante una actitud insociable, su inquietud interior y, con frecuencia, refleja la actitud de uno u otro de los padres.

Ya verás cuando venga papá

Hay poco que decir de la obediencia, pero sí mucho de la autoridad. En efecto, no creo que haya mucho que reflexionar sobre esos pequeños conflictos cotidianos que son las dificultades de obediencia, ni sobre la responsabilidad que debería incumbir al padre o a la madre. Las circunstancias hacen que sea la madre—más presente en el hogar que el padre—la que tiene que hacer frente a ese problema. Ha sido siempre así y todavía sigue siendo, lo frecuentemente.

Señalaríamos aquí el inconveniente del sistema educativo—también demasiado frecuente—que consiste, por parte de la madre, en amenazar constantemente al niño con sanciones que aplicará el padre, a su vuelta al hogar, lo que obliga a éste, bien a ratificar la promesa de su esposa (corriendo así el riesgo de desempeñar el papel de «sargento de guardia») o bien a denegarla; y el niño sentirá entonces la ineficacia de las amenazas maternas.

Esto vuelve a demostrar lo necesario que es el enfocar con más acierto el problema de la autoridad, la necesidad de una comunión de ideas y de juicio en ambos cónyuges en lo que se refiere a la educación de los hijos

Desobediencia normal

No es posible educar a un niño sin crisis, caprichos: en cada etapa de su evolución pasa por momentos difíciles, de oposición a todo. Es necesario, en estos casos, hacerle volver al orden sin «dramatizar». Es preciso, sobre todo, no mostrarse uno mismo víctima de las variaciones de conducta del niño. Lo ideal sería educarle de tal manera que no hubiese necesidad de decirle: «Si no haces tus deberes disgustarás a mamá», sino procurar que el chico sea más bien sensible a la observación: «Si tienes malas notas este mes, tanto peor para tí; ya te las arreglarás con tu profesor...»

Esta actitud debe tomarse desde la entrada del niño en el colegio. Es necesario que tenga el sentimiento de trabajar «por él» o «en contra de él», y no de sus padres. La mayor parte de las dificultades escolares se resolverían ellas mismas si los padres no hiciesen un asunto personal de las sanciones del colegio.

Algunos consejos

¿Cuáles son las cosas que podemos exigir al niño?

En primer lugar, eduquémosle, desde la primera infancia, con un margen de libertad suficiente para que él se sienta feliz de actuar y trabajar por su cuenta.

Cuando se encuentra en compañía de los adultos pídale que no moleste; pero démosle la posibilidad de volver a su habitación si él lo prefiere.

Sepamos, además, respetar los deseos del niño y no le impongamos un horario estricto en cuanto a las actividades que no le afecten directamente.

Enseñemos a los hermanos y hermanas a que se las arreglen entre ellos, y no intervengamos en sus disputas.

Conclusiones

Ante un niño desobediente preguntémonos, en primer lugar, si no exigimos demasiado de él. Veamos también si nosotros, padres, tenemos una actividad social adaptada, feliz. Si no conseguimos ayudar a nuestro hijo recurramos al especialista.

La desobediencia continua sistemática, constituye, en efecto, un «toque de alarma» que oculta dificultades más profundas. Digamos que el niño desobediente no es un niño dichoso, y, por tanto, debe ser ayudado y comprendido.

Otros artículos de la Revista PADRES y MAESTROS sobre el tema: «Hijo con problemas»

Rev.	Título
3	El niño desobediente
3	El hijo obediente
35	El niño tímido
35	Apáticos
35	Caso 4
35	Agresivos
35	Vagos
35	Nerviosos
35	Niños difíciles
40	Encuesta autoridad-obediencia
40	Y Andresito, enfermo, preguntó
41	Rebeldes
43	El responsable
53	Un niño tiene miedo
59	Indisciplinados
60	Un niño con problemas
61	¿Qué hacemos con los listos?
70	Hijos creativos
70	Integración social
75	Los niños superlistos
75	Cuidado con los niños inteligentes
75	Mi hijo no sabe hablar
75	Niños difíciles
77	El niño creativo
78	La robomanía
78	Hijo preferido
79	¿Cómo saber si nacen listos?
80	El síndrome de Down
81	Niño con tics
81	Enfermo en el hospital
85	1981, año de los impedidos
86	Fábula del puerco espín
89	Niños autistas
97	Tipología poética: niño distinto
105	El niño que discute mucho
107	El niño de los conflictos
108	Aceptación personal del disminuido
112	Timidez para hablar en público
113	El niño cansado
119	El niño que ríe
119	Interiores: el niño distinto
120	Ayudar al niño disléxico
122	Se hace pis en la cama
125	Actitudes familiares: niño deficiente
126	Una niña diferente
129	Nano, alumno con silla de ruedas
131	Mi hijo está de psiquiatra
158	El niño sordo
164	Discutidor todo terreno
182	Tiene miedo, es zurdo, no oye bien
188	El hijo responsable